

RAFAEL NIETO

BENEDICTO XVI

Las tres encíclicas del «rottweiler de Dios»



Se cumplen veinte años de la elección de Ratzinger como papa tras la muerte de Juan Pablo II. Gobernó la Iglesia hasta su renuncia en febrero de 2013

La llegada del cardenal Joseph Ratzinger a la silla de Pedro, saliendo elegido en el cónclave convocado tras la muerte de Juan Pablo II, se produjo en medio de dos circunstancias destacables. Por un lado, el impacto mundial que provocó la muerte de Karol Wojtyła (a pesar de su edad y de su progresivo deterioro físico) y la fama que especialmente la progresía mediática había echado sobre Ratzinger; desde especular con su participación en las SS hitlerianas (un bulo sin base alguna) a calificarlo como «el retweiler de Dios».

Muy pronto, Benedicto XVI (BXVI) se encargó de demostrar que esos prejuicios eran meros intentos de los enemigos tradicionales de la Iglesia por poner palos en las ruedas e impedir una transición normal de un papa a otro, como venía sucediendo en Roma desde el siglo I. El papa alemán combinaba su defensa férrea de la doctrina de la Iglesia, como venía haciendo desde sus años en la universidad, con una suavidad en las formas y una constante llamada al encuentro con los demás que desarmaban por completo a sus furibundos detractores.

Lo cierto es que durante los apenas ocho años que Ratzinger gobernó la Iglesia universal, tanto su estilo como su personalidad arraigaron fuertemente en el pueblo de Dios, que vio una sucesión muy natural de San Juan Pablo Magno, lo cual no podía extrañar a nadie bien informado; de hecho, el pontífice bávaro había sido mano derecha de Wojtyła, y como prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe, hombre fuerte de El Vaticano durante varios lustros.

El hecho de morir con 95 años, el último día de 2022, junto a la peculiaridad de haber sido el primer sucesor de Pedro en renunciar desde la Edad Media, hizo que durante unos años se diera la curiosidad de que el papa Francisco «conviviera» con un papa emérito, lo cual también, sobre todo inicialmente, dio lugar a varias controversias. Aun así, la sensación que dio en todo momento es que tanto Francisco como Benedicto sobrellevaron esta circunstancia con bastante normalidad.

Si hubiese que elegir algo que nos parezca especialmente relevante del vastísimo legado que nos dejó el pontificado de BXVI, sus tres encíclicas seguramente estén entre lo imprescindible por cómo defiende y explica en ellas la Doctrina Social de la Iglesia. Pasaremos a continuación a resumir brevemente el contenido de estos documentos.

DEUS CARITAS EST (DIOS ES AMOR)

Publicada el 25 de diciembre de 2005, esta encíclica se centra en el amor cristiano, recordándonos ya desde el principio que «Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4, 16).

Es muy significativo y relevante que precisamente Benedicto XVI, con la imagen de dureza doctrinal que de él dieron siempre sus críticos, centre su primera encíclica precisamente en el amor de Dios; y no sólo eso, sino que apenas ya en el segundo párrafo del texto, se apresura a marcar la diferencia de los cristianos con sus «hermanos mayores» judíos: «La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud».

La encíclica, como explica el propio autor en la primera página, se divide en dos partes: mientras la primera se adentra en el misterio del amor de Dios hacia el hombre (un amor inmerecido y hasta cierto punto inexplicable), la segunda sugiere las distintas posibilidades que tenemos los hombres para concretar el mandato de amor al prójimo; no como una mera propuesta teórica, sino como aproximación práctica en nuestra vida común.

BXVI diferencia entre los términos griegos «eros», «filia» y «agapé», identificando el amor cristiano con el tercero. Y, de una manera didáctica, se retrotrae a la cultura precristiana para aclarar que Cristo no vino para destruir el amor-eros, sino para darle plenitud: «...el eros -explica- necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle degustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser».

En este sentido, Ratzinger vincula rápidamente el amor «agapé» con «lo eterno» a través del amor conyugal que es «para siempre»; frente al «eros» desprovisto de toda vinculación espiritual, el amor dispuesto al sacrificio personal «por el otro» nos acerca a la eternidad, a Dios. Nos hace completos a imagen y semejanza de Él.

Benedicto concreta en la figura doliente del Cristo crucificado la expresión máxima del amor de Dios, el lugar hacia donde debemos dirigir nuestra mirada cuando busquemos la prueba de que Dios nos ama. «Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar», afirma el papa alemán.

También en la eucaristía, las especies del pan y el vino adquieren un fuerte significado relativo al amor. Cristo, que se entrega en la cruz por nosotros, se da también en forma de comida y bebida para que todos podamos estar en comunión con Él. «La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos», añade BXVI.

Quizá la mayor virtud de esta primera encíclica de Ratzinger es que ofrece un itinerario bastante completo para sentirse parte de ese «amor compartido» que Cristo nos pide como forma de agradecimiento hacia Él; amar al prójimo en la medida en que todos somos hijos de Dios y hemos recibido inmerecidamente su amor sin medida.

En concreto, el papa alemán dice que «mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto», de nuevo contraponiendo este concepto al más restrictivo del Antiguo Testamento.

La propuesta de amar al prójimo como exigencia concreta a los seguidores de Jesús es tan firme por su parte, que llega a afirmar que «la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia»; es decir, en la medida en que el amor al otro concreta de alguna forma el amor a Dios, no es posible el amor «a quien no podemos ver» si somos incapaces de amar a quien vemos (o incluso, a aquel con quien convivimos).

La encíclica plantea además un interrogante que puede llegar a inquietarnos: ¿es posible exigir el amor a los demás? Ratzinger, que reconoce que el amor tiene una parte esencial de libertad y voluntariedad (amamos a quien libremente queremos amar), conlleva también, en cierto modo, la «obligación de agradecer»: si Dios nos amó primero, ¿no debo amar también yo, como Él, sin que necesariamente el otro se lo merezca?

«Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este ‘antes’ de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta», dice BXVI.

SPE SALVI (SALVADOS EN ESPERANZA)

Publicada el 30 de noviembre de 2007, este documento se enfoca en la esperanza cristiana, un tema que considera fundamental para la vida del creyente.

En esta su segunda encíclica, BXVI se dirige a todo el pueblo de Dios (obispos, presbíteros, diáconos, consagrados, fieles laicos...), hablándoles directamente al corazón e invitándoles a practicar la esperanza y a no dejarse llevar por el pesimismo o la indiferencia.

Esa esperanza debe tener su fundamento, propone Ratzinger, en Jesucristo resucitado, siguiendo el ejemplo de la Virgen María, considerada de hecho como la estrella de la esperanza.

Es necesario recordar que 2007 fue el año en que comenzó la gran recesión financiera mundial, considerada como la más grave vivida en el planeta después de la que tuvo lugar en 1929. En algunos países, la crisis produjo daños estructurales, de tipo económico y social, de los que tardaron años en poder salir.

Spe salvi es una respuesta trascendente y providencial a la ola de pesimismo que la crisis originó, poniendo a Cristo por delante de las preocupaciones mundanas: «Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza», afirma el autor, que desde las primeras páginas vincula el concepto de esperanza con el de fe. De hecho, narra como San Pablo recuerda a los efesios antes su encuentro con Cristo e indica que «no tenían en el mundo ni esperanza ni Dios».

La encíclica vincula de manera directa, insistiendo en la idea a lo largo de todo el texto, la esperanza cristiana con la existencia de la vida eterna. Al referirse a ella, el papa alemán aborda desde un plano filosófico lo que significa la palabra «vida» para las personas, y cómo, en aparente contradicción, no queremos morir aunque la vida que tenemos nos llene de amargura y dolor.

El documento cita las palabras de Jesús, en el Evangelio de Juan, cuando, antes de su Pasión y Muerte, se dirige a sus discípulos y les dice: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (16,22).

La segunda parte de la encíclica se enfoca en la relación entre la fe y la razón. El papa analiza cómo la fe y la razón no son opuestas, sino que se complementan mutuamente (algo, por otra parte, presente a lo largo de toda la obra de Ratzinger). Para ello, alude a la fascinación que despertaron en Europa tanto la Revolución Francesa como la Ilustración como paradigmas de que, simplemente a través de la razón y de la libertad humanas, era posible el advenimiento de un mundo liberado del mal. Pero esta esperanza fue desmentida simplemente por el paso del tiempo.

El rápido desarrollo técnico y la industrialización, dice el texto, crean una situación social completamente nueva que es el nacimiento del llamado «proletariado industrial», cuyas terribles condiciones de vida estuvieron en el origen del marxismo, que Ratzinger no duda en calificar como de una ideología «que ha dejado tras de sí una destrucción desoladora». No solamente no ha constituido una esperanza real, sino que ha devastado muchas de las certezas del hombre.

La encíclica conduce constantemente a una reflexión acerca de lo que ha constituido la edad moderna para la calidad de vida de la humanidad, y en ese sentido afirma sin ambages: «Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal». Sin la esperanza basada en la fe y en la vida eterna, cualquier intento de progreso humano resulta insuficiente.

Por eso, la razón, que es calificada por Ratzinger como «el gran don de Dios al hombre», debe estar abierta «a las fuerzas salvadoras de la fe, y al discernimiento entre el bien y el mal» para que pueda colaborar en la esperanza humana. «El hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza», resume el autor.

En la tercera parte de la encíclica, se analiza el papel que ha tenido la idea del Juicio final en la vida de los creyentes como constante llamada a su conciencia, y, por tanto, a la propia responsabilidad sobre sus actos.

En estas últimas páginas, Ratzinger procura comprender las protestas humanas contra Dios debido a las muchas injusticias que han ocurrido y siguen ocurriendo en el mundo, pero rechaza la idea de que una justicia exclusivamente humana pueda dar una respuesta completa a lo que (desde la perspectiva atea) Dios no ha logrado. «Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza», asegura.

Aunque la idea de «juicio» puede generar, en principio, miedo o incluso terror a muchas personas, Benedicto afirma que, al contrario, «la imagen del Juicio final es una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza». Y cita a San Hilario cuando afirmaba que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. En la medida en que estemos abiertos al amor al prójimo, el Juicio final nos abrirá las puertas del cielo.

«El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría», dice Ratzinger, quien nos pide que seamos capaces de enfrentarnos a la idea de justicia como primer paso para la redención y la cercanía a Dios después de la muerte. Iremos al Juicio con todos nuestros males y defectos, pero la misericordia divina, a través del amor al prójimo, hará que Dios nos acoja en su Reino.

CARITAS IN VERITATE (CARIDAD EN LA VERDAD)

Publicada el 29 de junio de 2009, esta encíclica se enfoca en el desarrollo humano integral basado en la caridad y en la verdad. Es la más extensa de las tres y está dividida en seis capítulos.

Caritas in veritate ofrece uno de los análisis más originales, completos y profundos de las relaciones humanas, desde la perspectiva económica, laboral, social y política, de cuantos se han publicado en las

últimas décadas. Un análisis que supera muy ampliamente los límites que cualquier ideología moderna haya podido ofrecer hasta el momento.

Ya en la introducción, Ratzinger no tarda en demostrar por qué es considerado como un verdadero titán en el combate contra el relativismo moral, uno de los asuntos a los que ha dedicado más tiempo en sus homilías y discursos.

La verdad, dice, no es una entelequia inalcanzable como propone el mundo de hoy, sino algo concreto y al alcance de todos, algo que es imprescindible buscar y encontrar para poder lograr la verdadera caridad, distinta del mero sentimentalismo. Por eso, Ratzinger dice que «sin verdad, sin confianza y amor por lo verdadero, no hay conciencia y responsabilidad social, y la actuación social se deja a merced de intereses privados y de lógicas de poder, con efectos disgregadores sobre la sociedad».

El relativismo, que niega o al menos discute la existencia y la relevancia de la verdad en el mundo moderno, engendra las relaciones superficiales, incompletas o esclavizadoras por las que miles de personas son infelices. De ahí que, desde las primeras páginas, BXVI reitere la importancia de huir de toda forma ideológica de manipulación de «lo que las cosas son» como base para la construcción de una sociedad más justa y humana.

Las ideas de justicia y bien común están presentes en todo el documento que remite a la Doctrina Social de la Iglesia; una doctrina que, recuerda el papa alemán, siempre ha tenido como eje vertebrador la idea de «caridad en la verdad».

En este sentido, es revelador que Ratzinger (quien participó como sacerdote en el [Concilio Vaticano II](#) -CVII-, y tuvo una influencia decisiva en todo lo relativo a los trabajos previos de eclesiología) establezca un vínculo directo entre su tercera encíclica y la que firmó Pablo VI inmediatamente después de dicho concilio, la *Populorum progressio*, que sitúa en la tradición de la Iglesia respecto al progreso humano.

El primer capítulo de la encíclica analiza esta cuestión, que es esencial para entender el marco global del documento. De hecho, Ratzinger defiende el CVII al afirmar que «profundizó en lo que pertenece desde siempre a la verdad de la fe, es decir, que la Iglesia, estando al servicio de Dios, está al servicio del mundo en términos de amor y verdad». No sólo eso, añade que «no hay dos tipos de doctrina social, una preconiliar y otra postconiliar, diferentes entre sí, sino una única enseñanza, coherente y al mismo tiempo siempre nueva».

La idea de que el auténtico desarrollo del hombre concierne a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones (y no solamente a algunas, como la económica o la social, como pretenden ciertas ideologías materialistas) sitúa el documento en el terreno espiritual que siempre reivindicó su autor; los sucesivos fracasos acaecidos en los siglos XIX y XX constituyen una prueba irrefutable de ello.

Benedicto hace suya la propuesta de Pablo VI en el sentido de que la caridad cristiana debe ser la principal fuerza al servicio del desarrollo, y, tras lamentar que surjan continuamente «ideologías negativas», alerta contra la tecnocracia que pretende limitar el progreso de la humanidad al desarrollo de la técnica.

En el segundo capítulo de la encíclica, BXVI va a la raíz misma de la cuestión que se analiza en el conjunto del documento al preguntarse por los excesos en los que puede incurrir una sociedad capitalista que no tenga un freno moral y, por tanto, una orientación cristiana: «El objetivo exclusivo del beneficio, cuando es obtenido mal y sin el bien común como fin último, corre el riesgo de destruir riqueza y crear pobreza», afirma.

Quiénes quisieran, por tanto, ver en el capitalismo sin más, o en el liberalismo ausente de toda referencia moral, la solución definitiva a la aberración comunista, no estarían acertando. Ratzinger reconoce que el desarrollo económico, la creación de riqueza, es buena por sí misma, pero insiste en la idea de que el bien producido debe ser lo más extenso posible, y además sostenible en el tiempo.

El texto denuncia la corrupción que se produce tanto en países ricos como pobres, y sugiere «liberarse de las ideologías» que tienden a simplificar los problemas económicos dando soluciones que, por lo general, no llegan a todos. Por eso, reitera que el desarrollo necesita ser «auténtico e integral» y además debe contribuir a la «promoción del hombre», poner al hombre en el centro del desarrollo.

El papa alemán recuerda la invitación de la Doctrina Social de la Iglesia, empezando por la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, para «dar vida a las asociaciones de trabajadores para defender sus propios derechos». Alerta además contra el riesgo de perpetuar situaciones de «deterioro humano y de desperdicio social» cuando las malas condiciones laborales y económicas dificultan, por ejemplo, poder formar una familia.

No ignora tampoco el autor el problema de la creciente desigualdad en el planeta, que, en ningún caso, dice, debe atentar contra la dignidad de las personas y la exigencia de justicia. Resulta llamativo que ya en 2009 aparece la palabra «globalismo», entendida entonces simplemente como «interdependencia planetaria», a lo que Ratzinger advierte que «sin la guía de la caridad en la verdad, este impulso planetario puede contribuir a crear riesgo de daños hasta ahora desconocidos y nuevas divisiones en la familia humana».

En el tercer capítulo, Ratzinger analiza el papel del mercado, al que le reconoce la capacidad de crear riqueza y oportunidades de desarrollo personal, pero de nuevo recuerda lo que la doctrina de la Iglesia viene aportando a este asunto: la justicia distributiva y la justicia social deben estar presentes en el «juego del mercado» para no lesionar los legítimos derechos de los más débiles.

Para ello, propone «formas internas de solidaridad y de confianza recíproca» que corrijan lo que para BXVI es una falsa creencia sobre el mercado: que necesite de unos porcentajes de pobreza para funcionar mejor. La «lógica mercantil debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política», sostiene el autor.

Ratzinger recuerda que la Doctrina Social de la Iglesia cree que se pueden vivir relaciones «auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad» dentro de la actividad económica y no sólo fuera o después de ella. Es más, por tratarse la actividad económica de algo humano, debe llevar unido, de manera intrínseca, el componente moral.

Volviendo al asunto de la globalización, insiste en que, a priori, no debería ser «ni buena ni mala», pero sí que «debemos ser sus protagonistas y no las víctimas». Como se ve, BXVI parece prever ya el movimiento económico y político que le espera al planeta de cara a los siguientes lustros, y se apresura a advertir de los peligros que ese proceso «mundialista» podría generar: convertir al hombre en una simple marioneta en manos de poderes ocultos que finalmente buscarían el beneficio de unos pocos, y no el bien común.

El cuarto capítulo tiene la originalidad de vincular el desarrollo de los pueblos a la «apertura moralmente responsable a la vida como riqueza económica y moral». Benedicto XVI, que nunca ocultó su más firme rechazo tanto al aborto como a la eutanasia, va un paso más allá de la simple condena de un crimen cometido contra el más inocente de todos los seres, sino que además afirma que «naciones en un tiempo florecientes pasan ahora por una fase de incertidumbre, y en algún caso de decadencia, precisamente a causa del bajo índice de natalidad». Por eso, el teólogo y profesor propone mostrar a las nuevas generaciones «la hermosura de la familia y del matrimonio».

En este capítulo se incide también en la «ética de las finanzas» como elemento fundamental para lograr una mayor productividad. Vincula también a este asunto el respeto a la naturaleza, no bajo el prisma progre que suele caracterizar hoy la mayoría del discurso político y mediático, sino desde la idea de que «la naturaleza es expresión de un proyecto de amor y de verdad». Un don de Dios para todos que los hombres debemos aprender a cuidar con responsabilidad.

Benedicto XVI cree que el modo como el hombre se relaciona con la naturaleza influye en el modo como se trata a sí mismo y considera que la Iglesia tiene que hacer sonar su voz en la defensa de la creación como algo que le es propio; algo ante lo cual no puede permanecer en silencio: «Debe proteger sobre todo al hombre como destrucción de sí mismo».

En el capítulo quinto, destacamos la poderosa defensa que hace de la familia, y cómo lo relaciona con uno de los mayores problemas que presentan hoy las sociedades occidentales, que es la soledad no deseada, que Benedicto XVI define como «una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar». El hombre vive alienado cuando está solo o lejos de la realidad, dice, y es necesario que, en un mundo cada vez más interconectado, se produzca una «vecindad» real que permita una verdadera comunión entre todos. Una verdadera hermandad.

BXVI habla también del hecho religioso, y avisa contra el auge del sincretismo y de las «religiones» que fomentan la separación de los seres humanos y no su unidad. Además, es rotundo al asegurar que «la libertad religiosa no significa indiferentismo religioso, y no comporta que todas las religiones sean iguales». Por eso, subraya la importancia del discernimiento para no caer en la falsa creencia de que cualquier religión puede servir al desarrollo integral de las personas.

Eso sí, el papa alemán reconoce que la religión cristiana y las otras religiones «pueden contribuir al desarrollo solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política». De nuevo, la sugerencia de no excluir a Dios de la vida pública, en la convicción de que sin Él no es posible la consecución del bien común.

Benedicto XVI expresa en algunos párrafos de esta encíclica el pensamiento y el estilo que le ha caracterizado durante toda su vida. Por ejemplo, cuando afirma que «la razón necesita siempre ser purificada por la fe, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón para mostrar su auténtico rostro humano». En el papa alemán conviven siempre esas dos categorías como intrínsecamente unidas, y no separadas y antagónicas como plantean otros pensadores.

Así, considera que el «diálogo fecundo entre fe y razón» redunda en el ejercicio de la caridad en lo social y promueve la interacción fraterna entre creyentes y no creyentes. En ese marco, hace una defensa extraordinaria del principio de subsidiaridad que define como una «ayuda a la persona a través de los cuerpos intermedios», y propone un gobierno globalista que sea verdaderamente subsidiario, es decir, que trate de no dejar atrás a nadie, siempre desde una óptica católica, poniendo a Cristo en el centro de la acción humana.

La encíclica termina con un capítulo, el sexto, centrado en el tema del desarrollo tecnológico y de cómo éste puede contribuir al desarrollo real de los pueblos. De sus posibilidades potenciales y de los riesgos que supone en la práctica. De cómo la técnica es un hecho «profundamente humano», y cómo en ella se manifiesta «el dominio del espíritu sobre la materia».

«El desarrollo es imposible sin hombres rectos», dice Benedicto XVI, que de nuevo se esfuerza en alertar contra la tentación mundana de desligar la técnica de su raíz humana y conducirla hacia el terreno de lo automático, de lo impersonal: «Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral».

También enmarca en este contexto la consecución de una verdadera paz de los pueblos, que no debe tampoco depender exclusivamente de la técnica, entendida como la obtención de simples avances materiales. «Es preciso escuchar la voz de las poblaciones interesadas», afirma el autor, que también trata de vincular a los medios de comunicación en esta tarea, para que sean fieles a la verdad de lo que necesitan los pueblos más necesitados.

BXVI pide a los medios de comunicación que «estén centrados en la promoción de la dignidad de las personas y de los pueblos, que estén expresamente animados por la caridad y se pongan al servicio de la verdad», reconociendo lo mucho que pueden aportar al conjunto de la sociedad cuando se involucran de manera leal en un desarrollo integral de las personas y de los pueblos, y no de una mundanización basada en una simple tecnocracia.

Prácticas como el aborto, la eutanasia o la clonación de embriones tampoco quedan fuera de la feroz crítica de Benedicto XVI, que repudia el uso de los avances tecnológicos en el campo de la medicina cuando el fin es contrario a la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su fin natural. «La ley natural, en la que brilla la Razón creadora, indica la grandeza del hombre, pero también su miseria, cuando desconoce el reclamo de la verdad moral», afirma.

La encíclica, un compendio difícilmente superable de lo que su autor reivindicó a lo largo de las décadas, concluye con la afirmación de que «sin Dios, el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es». Y hace prácticamente un juego de palabras al asegurar que «el humanismo que excluye a Dios, es un humanismo inhumano», porque es Dios quien nos da fuerzas y valor para luchar e incluso sufrir por el bien común.

Benedicto insiste en mirar a Dios como el principal motivo de la esperanza humana, y nos pide que «en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a

su amor». Llama la atención cómo, a lo largo de todo el texto, el autor no deja de vincular la idea de desarrollo con la consideración de la dimensión espiritual del hombre, de sus necesidades más allá de lo físico y de lo material.

«Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo», dice BXVI para concluir *Caritas in veritate*.

Con la renuncia de BXVI, la historia de la Iglesia daba un traspiés inesperado. Solamente Celestino V en 1294 y Gregorio XII en 1415 habían abandonado la silla de Pedro antes de la muerte. Pero el papa alemán, que siempre había mostrado su inquebrantable independencia frente a los movimientos ideológicos más invasivos en Europa, se mostró también libre a la hora de elegir lo que Dios le pedía, según sus propias palabras: orar por la Iglesia y por el mundo lejos de la mirada de los hombres.

Ocurrió el 11 de febrero de 2013 y se hizo efectiva diecisiete días más tarde. Y en efecto, fiel a su palabra, no volvió a aparecer públicamente salvo para aclarar algunos malentendidos con su habitual diplomacia y sencillez. BXVI nos dejó el último día de 2023, a los 95 años de edad, en el monasterio Mater Ecclesiae, en la Ciudad del Vaticano.